

La irrupción del recuerdo

Mi hermano dijo que yo entonces estaba sentado frente a la estufa y miraba fijamente el fuego. Antes del amanecer, cuando aún llovía, él había llegado hasta la colina por la parte de atrás; sin mirar, había franqueado la alambrada de la dehesa y el alambre le había rasguñado la cara, había descendido corriendo por el campo, que por aquel entonces ya era terreno baldío, y el barro y las hojas marchitas caídas de los árboles se le habían pegado a las suelas, después, paso a paso, se había encaminado hacia la casa, al llegar a los árboles se había echado a correr otra vez, había corrido por la hierba y por el camino, sin detenerse, con los pies mismos se había quitado en la hierba húmeda que bordea el camino el barro acumulado a derecha e izquierda de las suelas y, siempre a la carrera, había seguido el muro hasta llegar a la pila de leña, había puesto un pie entre los leños, primero agachado —la cabeza más baja que el cuello— y después erguido —la cabeza sobre el cuello—¹ se había encaramado a la pila y, al subir, ya había mirado a través del doble cristal de la ventana y había visto algo aquí dentro, había visto algo que estaba sentado, había visto a alguien en camisa que estaba sentado frente al fuego, me había visto a mí aquí dentro

¹ En realidad se trata de un juego con la expresión alemana *Hals über Kopf*, literalmente «cuello sobre cabeza» que significa hacer algo precipitadamente, sin reflexión. (*N. de la T.*)

sentado sobre la cama frente al fuego. Dijo que bajo la camisa hecha jirones yo tenía los hombros echados hacia delante, como si quisiera juntarlos, y que entre los finos pliegues de la tela gastada, los cuales, partiendo de ambos lados del arco dentado que era mi columna vertebral, se extendían hasta la parte superior de los brazos, se podía distinguir la piel oscura que, combinada con la tela clara, cubría mi espalda con un estampado blanco y negro; los brazos entrecruzados estaban tan apretados contra el pecho y yo tensaba mi propio tronco con tal fuerza que Hans veía cómo las puntas de los dedos —blancas hasta la mitad de las manchadas uñas— se iban hundiendo en la camisa; como dijo él, cuanto más oprimía mi cuerpo con los brazos, tanto más se clavaban las uñas en mi piel y estiraban no solo la tela, sino también la piel que recubre las costillas. Sin embargo, yo no me movía; con la cabeza gacha y los hombros encogidos hasta casi rozar las orejas permanecía sentado —mitad en el hueco del colchón de paja, mitad sobre el borde de la cama—, con las piernas de través apoyadas contra los cantos del arca abierta que contenía la pala y los pedazos del carbón, y miraba fijamente el fuego.

Al principio me tomó por otro. Rápidamente buscó con la mirada la cama en la que, en otro tiempo, él había dormido con el segundo hermano, pero estaba vacía. Durante un buen rato se quedó mirando la cama vacía: en la almohada, dijo, parecía que se dibujaba la silueta de una cabeza, sin embargo, seguramente se trataba del efecto de las sombras del fuego proyectadas en la pared.

Sus miradas regresaron a los ojos, volvieron a salir y otra vez me miraron. Se fijó en las puntas de los dedos que se curvaban como garras y en las uñas manchadas de resina. Vio la piel de la mano agrietada, recubierta de barro seco y cuarteado. Apartó la mirada. Miró un instante

hacia la puerta. Sus ojos buscaron refugio en las brasas ardientes cuyas grietas y hendiduras absorbían y expelían la corriente cálida de aire en una continua alternancia de viento y calma. Enseguida quitó la vista del fuego y, arrastrando toda su cara por el cristal, miró hacia el borde del muro sin que, no obstante, desde aquí dentro se pudiera oír el ruido de la mejilla aplastada contra el cristal de la ventana doble.

Se detuvo un instante y por debajo del alero miró hacia arriba dejando caer la cabeza sobre la nuca; de un vuelo se asió de la cornisa de la ventana y se dio un impulso hacia arriba y ahora, arrodillado, con el cuerpo erguido sobre la pila de leña, miraba en diagonal hacia mí a través de las marcas que los dedos y las mejillas habían dejado en el empañado cristal. Justo en aquel momento yo retiré los pies del borde del arca, los desplazé trazando un semicírculo (primero eran claros; después, sobre el fondo claro del fuego abierto, oscuros; después, en la oscura habitación, claros otra vez) y los puse de nuevo sobre el colchón de paja que, a su contacto, crepitó como si ardiera. Por un instante, vio de perfil la cabeza del que estaba sentando. Porque me conocía, me reconoció. Su mano se deslizó cornisa abajo. Se dejó caer sobre los talones y ocultó la cabeza tras el ancho marco central de la ventana; colocó el reverso de la mano en forma de arco sobre la frente, la puso entre la frente y el cristal y me miró. Mientras tanto, según dijo, yo había abierto únicamente el rostro hacia el calendario colgado encima de la cama vacía, en cambio, mis ojos, cuyas bóvedas él veía brillar de lado, carecían de mirada. La posición de los brazos no había cambiado. Ahora, él esperaba los gestos propios de alguien que reanuda el sueño. Los dedos se desprendieron de la espalda y dejaron al descubierto las huellas de sudor de la camisa; los brazos, que seguían entrecruzados, resbalaron

vientre abajo; el tronco se balanceó hacia atrás, hacia el cabezal. Pero mientras yo miraba fijamente el calendario, mi hermano arañaba el cristal con la uña del pulgar.

Yo no miré de inmediato hacia la ventana. Mientras él se inclinaba y tendía sobre la pila de leña, continué sentado, ebrio de sueño, sobre el crepitante colchón de paja. Solo cuando él se arrodilló y desde el cartón alquitranado se apoyó con las manos contra la ventana, oí como si el ruido, el chirriar de la uña que rascaba el cristal, llegara a mí desde muy lejos: al principio, el sonido sordo, apagado de la uña que golpeaba el cristal; después, como un graznido, su largo restregarse contra la ventana. Un armario muy pesado o un arcón fueron empujados sobre un suelo de madera. Giré lentamente la cabeza hacia el cristal y aparentemente miré hacia allí, mientras mi hermano limpiaba con el puño el vaho de su respiración entrecortada. Él persistió en su movimiento. Le pareció que yo miraba hacia la ventana y él miró hacia mí; ahora respiré y mi rostro se contrajo, pero no porque mi mirada se fijara en él, sino porque seguía pendiente del ruido del armario; las abiertas pupilas de mis ojos se clavaban en él, pero iban dirigidas hacia dentro, hacia el susurro interior del conducto auditivo.

Mi hermano dijo que, aquella mañana, con la contracción de mis párpados, yo ya tenía el semblante de un ciego, miraba igual que un ciego.

Tras la ventana únicamente percibí el cielo oscuro; a partir de las fragmentarias manchas reconstruí los álamos y, sobre la colina, donde se acaban los pastos, la valla de la dehesa lindando con el cielo; sin embargo, no vi la cabeza de mi hermano que se asomaba por encima del borde del alféizar y esperaba ansioso mi respuesta.

Transcurrido un tiempo, contó él, yo me levanté, pero, contra lo que era de esperar, no me dirigí hacia la

ventana, sino hacia la puerta de la pared opuesta: el armario solo había podido ser desplazado dentro de la casa; para mí era como si el ruido viniera de la habitación de la hermana.

Por lo visto descorrí rápidamente el pestillo de la puerta. Con la otra mano ya tenía asido el picaporte como si este fuera un látigo, y, cuando la puerta se abrió, se formó un espacio en el pasillo. El silencio se desvaneció, quedó ahogado por el crujido de la madera y el chirrido de las bisagras. Se quebró entre las estridencias del latón de la barandilla de la escalera. Al dar contra la barandilla, la puerta sonó fuerte, menos fuerte y suave; la madera rozó con la madera; después, el silencio fluyó y volvió a mí.

En el silencio y la oscuridad grité un nombre que, apenas lo había gritado, ya no entendí. Mi hermano identificó el timbre de la voz que gritaba; lo que yo gritaba, no pudo oírlo; rasguñó otra vez la ventana exigiendo una respuesta. Paralizado, incapaz de moverse, se quedó en su sitio con la vista clavada en mí. Traspasé el umbral de la puerta, el frío del cemento hizo que mis pies descalzos se sintieran por primera vez descalzos y grité repetidas veces su ininteligible nombre; grité entonces más alto el ininteligible nombre del hermano desaparecido, como si el cambio de sitio de un armario fuera ya una señal de su regreso.

Él no podía ver que yo me había puesto de puntillas y que con la yema de los dedos palpaba la pared del pasillo en busca del interruptor. Sin embargo, vio cómo el gato, que se había hecho un ovillo entre las palas y las azadas de debajo de la escalera, alzó la cabeza al oír el rasgado de los dedos y, al alzarla, se despertó.

Me di cuenta de que no oía el zumbido del contador. Fue entonces cuando me percaté de que el animal traspasaba el umbral con la cola tesa y se colaba en la habitación;

cabeza y cuerpo miraban hacia la ventana. Ahora recordé que por la noche habían volado los bombarderos.

Lo primero que vi en el pasillo fueron las huellas de barro seco que partían de la puerta de entrada y se extendían por el acanalado del cemento: su tamaño era menor cuanto más se adentraban en la casa. Luego me fijé en aquellos sitios en los que, la noche anterior, mi padre, al volver a casa, había puesto pesadamente sus pies mientras su mano sujetaba la rejilla de la lámpara de establo que se había llevado para la infructuosa búsqueda; me fijé en las manchas amarronadas de agua que habían ido dejando sus botas y cuyos bordes todavía conservaban el brillo de la mica del arroyo. Las manchas llegaban hasta mi puerta y continuaban por la habitación hasta justo debajo de la lámpara de pantalla que se bamboleaba con la corriente de aire; desde ahí, mi padre —después de sus gritos, golpes y tamboreos contra la puerta yo le había abierto— pudo inspeccionar toda la habitación, mientras yo permanecía en silencio a su lado con el camisón puesto. No halló a nadie más que a mí, así que no pudo hacer otra cosa que quedarse un rato quieto en medio de la habitación vacía, con la mirada cansada y la lámpara apestosa colgándole de su fatigada mano.

Ahora que el barro del arroyo ya se había endurecido podían verse claramente las marcas de los tacones de las botas.

El gato maulló con fuerza hacia la ventana.

El ruido me hizo regresar a la habitación; tras el cristal, vi la cara de mi hermano y, porque lo conocía, lo reconocí.

Tenías la piel muy sucia y rasguñada por la alambreada, dije yo. Cada vez que quería fijar la mirada en ti, las imágenes danzantes del fuego en el que me había quedado absorto me borran tu cara.

Mientras tanto, la nieve había alejado a la lluvia y, en la habitación, la claridad se intensificaba al ritmo intermitente de las ráfagas de nieve. Él no me hizo seña alguna. Yo tampoco le hice señas. Sin embargo, los dos sabíamos que el uno veía al otro. Yo miraba en silencio aquella cabeza con el campo de fondo tan pegado a ella que parecía que la estuviese viendo a través de unos anteojos.

Él, sin modificar la dirección de su mirada, que seguía fija en mí, saltó rápidamente de la pila de leña; al iniciar el movimiento, sus mechones erizados se elevaron por encima de la nuca y volvieron a caer antes de que la cara desapareciera de mi campo visual.

La huida

En noviembre es frecuente que por las mañanas nieve. Este suceso suele describirse más o menos como sigue: «El que se ha ido despertando mira ya despierto a través de la ventana para calcular la hora a partir de la intensidad de la luz. Afuera ve la nieve que aleja a la lluvia. El cartón alquitranado que protegía la pila de leña ha ido resbalando capa por capa, porque quizás algo (¿el gato?) ha saltado desde la pila, y ahora la algodonosa nieve lo va cubriendo por entero; en aquellos puntos que aún conservan algo de calor, porque quizás un ser de sangre caliente se arrodilló allí, los copos de nieve todavía no cuajan. Hace solo un momento que la lluvia se ha convertido en nieve. Las nubes se han deshecho y han perdido la forma. El cielo es uniforme. En un visto y no visto, el viento ha cesado y ya no puedes oírlo. Los álamos que bordean el campo, la hierba que bordea el campo, los tallos de hierba que bordean el campo fueron sorprendidos por la repentina

caída de nieve. También a este arado de rejas (aquí se podrían nombrar otros utensilios de labranza), que bajo la lluvia todavía destellaba y parecía respirar, la nieve le ha cortado el aliento. Mientras cae la nieve, no pueden verse los copos de debajo de las nubes; luego, uno a uno, los ves motear la corteza de los árboles que, con la condensación de la nieve, parece más oscura; después, algodonosos e indistinguibles, los copos cubren el campo» y de nuevo los ves uno a uno, contrastando con el negro de la chaqueta mojada del niño que, sin abandonar el camino por donde ha venido, corre por los surcos cuesta arriba hacia el horizonte, con los brazos separados del cuerpo y las manos cerradas en puño balanceándose arriba y abajo a causa de las subidas y bajadas del terreno, con las suelas llenas de barro que, al correr, aplasta contra los surcos «y, finalmente, ves como la nieve inmensa cubre de blancas nubes la tierra removida por el arado que hasta ahora ha conservado su color de lluvia».

El observador mira por la ventana abierta de par en par subido a una silla que fue a buscar a toda prisa, tiene una mano extendida entre la pelusa de nieve, y los planos se confunden vertiginosamente en su mirada ya vacía: la blanca superficie del cielo se inserta en la superficie marrón y amarilla del campo; la blanca superficie del campo y la superficie amarillenta del cielo se insertan en las blancas superficies de las capas del cartón alquitranado sobre las que hace muy poco la nieve no cuajaba debido al calor de un cuerpo (no era un gato), y la blanca superficie de los cartones, la blanca superficie del cielo y la blanca superficie del campo —interrumpida solamente por las picaduras de los álamos—, se insertan cortantes en las blancas y vacías superficies de los ojos, y despedazan y descuartizan y destrozan la superficie blanca y vacía del cerebro.

La ocultación de la noticia

La pesada viga que corona el muro rodaba y, dando brinco, se acercaba al protagonista que subía las escaleras con su noticia; la viga estaba cada vez más cerca de su retina y, mientras bajaba tambaleándose, se hinchía y mostraba a lo que se denomina el «taconear» y «arrastrar» de los zuecos claveteados contra los escalones de madera. Al principio —ahora vista desde abajo—, yo, que iba subiendo, solo podía ver la cara con tallas verticales y, de lejos, parecía tan estrecha como las latas superiores vistas de cerca. Bajo la luz fresca de la buharda las sombras de los contrapares dibujaban rayas en las latas; las virutas colgantes (la viga que quedaba debajo de estas todavía parecía más oscura) y la infinidad de agujeros negros que, cada uno rodeado por un cordón de serrín, salpicaban la madera todavía se ocultaban a la mirada que iba acercándose desde el pie de la escalera. Pero luego, en medio del tambaleo y temblor de la viga, todas estas visiones que hasta ahora solamente habían existido en mis imaginaciones y pensamientos, emergieron del inseguro plano óptico con toda nitidez y se hizo visible también la cara horizontal de la viga de donde salían en transversal los contrapares y llegaban hasta la cima del tejado; y en los contrapares, reconocí las polvorientas telarañas de las que colgaban los cuerpos de las moscas succionadas. Los pegajosos hilos del adobe que iba arrancado al andar, se me adherían a la mano; mientras tanto, yo avanzaba bajo el techo siguiendo la línea de la viga y llegaba con la noticia a la habitación de mi hermana.

«Sus dedos se abrieron y cubrieron inmediatamente el pequeño espejo redondo; el espejo de pared en el que vi reflejada su espalda no tuvo que ocultarlo.»

Sin embargo, aquella mañana no hallé a mi hermana en la habitación. Sus olores vinieron a mi memoria y los

recordé y examiné uno a uno. Comprobé el olor a laca del esmalte de uñas, el olor de la acetona con la que inmediatamente después de pintarse las uñas se las despintaba para volvérselas a pintar, el olor del té de manzanilla enfriado que se aplicaba a los ojos para darles brillo, el olor a pastel que desprendían las cajas de polvos vacías, la fragancia de la famosa agua de colonia con la que rociaba la habitación, el olor de aquellas manzanas que parecían limones, el olor a brea del jabón en tiempos de guerra que guardaba en la cómoda, entre los vestidos heredados de la madre.

Los objetos de la alcoba me parecieron faltos de color, pálidos. Era como si antes hubiese estado largo tiempo mirando fijamente el sol o como si acabara de despertarme y todavía no pudiera distinguir más que entre oscuridad y claridad; pero entonces caí en la cuenta de que había estado mirando fijamente el fuego de la habitación de abajo y, después, la nieve, a través de la cual había seguido con la mirada a mi hermano que corría a toda prisa, y que ambas cosas eran las que ahora me impedían ver los colores. Tuve la impresión de que aquellos objetos descoloridos querían burlarse de mí y de que, quizás, sin que mis ojos deslumbrados por las llamas pudieran percibirlo, querían dejarme en la incertidumbre de si, a medida que hubiera más luz porque —es un suponer— se abriera sigilosamente la puerta que había a mis espaldas, no serían los objetos mismos los que se presentarían con un determinado aspecto ante una mirada ingenua: cuando empezaran a jugar con los colores y se adaptaran a los límites más precisos de la luz que, tal vez, vendría de una puerta que, sin hacer ruido, se iría abriendo.

La integridad de la mesa, del armario, de la cómoda y de la cama hecha era engañosa.

Sin embargo, no miré atrás, sino que tomé aliento para romper el silencio con una llamada.

Entonces percibí el ruido de sus zuecos bajando la escalera del desván. ¿Qué habría estado haciendo allí arriba?

Salí inmediatamente de su habitación.

Ella se detuvo y me miró desde arriba, llevaba puestos sus zuecos altos. Al instante los dos miramos hacia el suelo y avanzamos sin decir nada hacia la escalera que lleva a la planta baja.

Ella pasó adelante en silencio. Yo bajé tras ella y observé su andar ruidoso, inclinando los talones. Reuní las palabras que me habían faltado en el umbral de su puerta.

¿Puedo impedir que se vaya enseguida y haga lo de siempre?

Con el periódico extendido bajo las rodillas se acullilla sobre estos talones que ahora observo o, agarrada al asa de la cocina de leña para no perder el equilibrio, se balancea adelante y atrás mientras aviva el fuego y con el dorso de la mano se restriega los ojos. Pero si ahora yo diera la noticia, podría alterar el curso habitual de las cosas y todo sería distinto. Sin embargo, antes de que pudiera pronunciarlas, las palabras se descompusieron dentro de mi cerebro en sílabas y letras que fui incapaz de juntar otra vez; no podía prever qué haría ella cuando le dijera aquello; no podía prever ni sus gestos asustados ni el sonido de sus precipitadas preguntas ni tampoco los movimientos con los que saldría corriendo; y, como que por mucho que intentara representarme la situación con imágenes y palabras, seguía sin poder prever nada, me sentí tan inseguro que callé la noticia.

Y mientras yo callaba, y mientras callaba mi hermana, y mientras ella bajaba las escaleras taconeando con sus zuecos, y mientras yo bajaba tras ella, el padre todavía atravesaba el juncal.

El transporte del hermano ahogado

Mientras el padre del narrador atravesaba el juncal, tres hombres iban por la carretera. Mientras aquel estaba en camino, ellos salieron de la iglesia del pueblo, donde el tercero, un gendarme, se había unido a los otros dos, y llegaron hasta la casa frente a la cual hallaron a dos niños en vela —uno al lado del comedero de los cerdos; el otro, en los escalones del portal—, entraron en la casa, anduvieron silenciosos por el pasillo y entraron en la habitación, se sentaron y estuvieron sentados, uno al lado del otro, contra la pared de la habitación, con la mirada atenta a la puerta, mientras el padre del narrador atravesaba el juncal que había conseguido gracias a un contrato de arrendamiento estatal.

Mientras él aún estaba aquí, en la casa, sentado en el mismo banco en el que más tarde se sentarían los forasteros, alzaba una rodilla y jadeando tiraba hacia arriba la caña de la bota que estaba calzándose, los dos primeros hombres, ambos civiles, el uno delante y el otro detrás de una de esas carretas usuales en la región, estuvieron andando por la carretera desde el pueblo de Übersee hasta el pueblo de Öd. Amanecía; en el pueblo, uno de ellos fue a despertar al gendarme, mientras el padre del narrador, en el altillo del establo, tenía la hoz empuñada y con los dedos buscaba en la oscuridad la chaqueta y los pantalones de pana azul que, fríos por la lluvia, colgaban de la pared de tablas y cuando, después de arrojar los pantalones en el carro, sacó el caballo del establo y lo aparejó, el segundo hombre regresó a la plaza de la iglesia acompañado del gendarme, a quien, mientras tanto, habían despertado.

El padre del narrador se echó la chaqueta sobre los hombros, se inclinó y flexionó una y dos veces las rodillas ante las bridas que el caballo —sin esperar órdenes ya